chos más culminantes, dignos de eterna memoria. Reciba nuestra más cumplida y entusiasta enhorabuena, y quiera Dios concederle largos y venturosos años de vida, para que, prosiguiendo sus triunfos literarios, sean sus obras leídas con el interés, provecho y delectación que merecen, contribuyendo así poderosamente al adelantamiento y mejora de la cultura nacional.

Madrid, 10 de Enero de 1908.

A. Rodríguez Villa.

II

RECUERDOS DE UN VIAJE A EGIPTO

Origen del Egipto.

Hasta hace más de un siglo el Egipto apenas si había sido interrogado desde sus pasadas grandezas; y sus templos, sus colosos y sus esfinges permanecían mudos y solitarios en medio de los lugares que tantas maravillas contemplaron.

Preciso fué que un genio colosal, como el de Bonaparte, al llevar á aquellas regiones un ejército conquistador, se hiciese acompañar de otro de sabios que revelaran de nuevo toda la historia, toda la cultura y todas las grandezas de aquel glorioso pasado.

Si el gran capitán civilizador quedó admirado al contemplar las maravillas y la civilización de un mundo, si no nuevo, al menos olvidado en aquellas soledades, no menos quedó la Europa cuando aquellos sabios dijeron al mundo entero que los egipcios ocupaban, por sus monumentos, el primer lugar de los pueblos de la tierra.

En cuanto á la campaña de Egipto, si no respondió á los fines políticos de la Francia, en cambio fué una de las mayores con-

quistas que realizó en beneficio de la ciencia, abriendo un nuevo horizonte á las investigaciones y al estudio de la Historia.

Desde tan memorable época puede asegurarse que el Egipto resurge de nuevo, y sabios y curiosos acuden al valle del Nilo, atraídos por sus monumentos, sus templos, y las tumbas de sus faraones para ver de cerca sus gigantes pirámides, primeros balbuceos de las ciencias exactas; contemplar en sus colosos el arte más monumental de aquellas edades; hojear en los hipogeos toda su ciencia mística, y leer en los muros de Karnac los anales de un pueblo, cuya civilización y cultura llena toda la historia del mundo antiguo.

Absorto y maravillado queda el que por primera vez pisa aquel país. No existe pueblo alguno en el mundo que atraiga, encante y despierte más curiosidad que el del Egipto.

Antes de penetrar en él conviene que conozcamos, aunque no sea más que de pasada, aquel gran escenario en donde tuvieron lugar los hechos y los acontecimientos más culminantes de su historia.

***

El Egipto propiamente dicho, según los geógrafos, se halla al NE. de Africa, extiéndese desde Halfa en la segunda catarata á los 20° 40′ latitud N. hasta el Mediterráneo á los 31° 39′ latitud N., y sus límites de S. á N., respectivamente, son el Mudirich de Dongolah y el Mediterráneo.

Por el E. confina con el mar Rojo, la Arabia y la Siria, y al O. con el gran desierto Líbico.

Fuera del valle del Nilo y del Delta, su extensión es mucho mayor, pero la autoridad del Khedive es puramente nominal, como acontece con frecuencia con otros antiguos Estados del Africa y del Asia.

Regado de S. á N. por el misterioso y caudaloso Nilo, el Egipto no es más que una faja de tierra extendida al través del desierto, algo así como un oasis. Las aguas y la humedad del río sostienen aquella espléndida vegetación en una extensión de 700

millas de largo desde la primera catarata al vértice del Delta, y su anchura no excede nunca de 8 á 10, así que la zona de cultivo se ha calculado en unos 29.000 kilómetros cuadrados.

Aunque pequeño en extensión, fué el Egipto el pueblo más grande de la antigüedad, debido en su mayor parte á su suelo y á su especial situación geográfica, pues da acceso á dos mares: al

Núm. 1.—PRIMERA CATARATA, PRÓXIMA Á ASSUAN.

de los Griegos y al de la Arabia y la India, por los cuales la Fenicia pudo hacer el comercio al través del desierto, en una extensión de 15°, desde sus ciudades de la costa de Levante hasta el golfo Pérsico, en todos los tiempos y circunstancias.

El Egipto dominó el Mediterráneo y el Océano Indico por la vía del mar Rojo; poseía importantes salidas y entradas para sus exportaciones y para recibir los productos de otras comarcas.

A su vez, el Nilo, con el sistema de canales que facilitaban la navegación, pudo hacer salir sus buques por puertos nilólicos y estrechar las distancias y comunicaciones; con sus periódicas inundaciones, que maravillosamente rige la Naturaleza, proporcionó al país una capacidad de producción superior á sus necesidades, pues sin grandes esfuerzos año tras año les ha venido rindiendo espléndidas cosechas de granos, legumbres y pastos, de aquí

que se haya dicho con algún fundamento que el pueblo egipcio en sus principios vivió en un casi completo aislamiento con los demás pueblos por no tener que atender á sus materiales necesides, circunstancias que supieron aprovechar los sacerdotes que, estimándose como poseedores exclusivos de la verdad, trataban al resto de los demás hombres como seres impuros, con los cuales no podían ponerse en contacto.

En todo el tiempo que permaneció en vigor la constitución teocrática, el Egipto estuvo cerrado á los extranjeros, hasta que llegó el tiempo en que las circunstancias y el comercio lograron romper la tradición religiosa; y aquel pueblo, cuya separación entre los demás, se consagraba por una señal exterior, cual era la circunscisión como de una raza privilegiada, se vió obligado á abrir una ciudad al comercio extranjero, que fué Naucatri, de suerte análoga á lo que ha ocurrido á China en nuestros tiempos.

Este alejamiento de toda relación y comercio con los extranjeros se lo explica Heródoto en la constitución física del país al decir «como el clima del Egipto es diferente de todos los demás climas, y como el Nilo es diferente también en naturaleza de los demás ríos, los habitantes tienen leyes y costumbres contrarias á las de las demás naciones (1)». En análogo sentido se expresa Ritter: «El Nilo es el único río de los trópicos que desemboca en un mar Mediterráneo. Todos los ríos de la Indo China y América desaguan en el Océano; la vista de la inmensidad de los mares invita á los habitantes de la costas á una vida de expansión. En Egipto el mar no atrae las miradas de sus habitantes, y el único fenómeno que les llamaba la atención era el desbordamiento del Nilo, que les llevaba la fecundidad y la vida. La actividad de los egipcios se desarrollaba en un estrecho valle, y no había nada que los incitase á salir de él; la fuerza interior de aquel pueblo, concentrada en tan pequeño espacio, ganó en cambio en originalidad. La nación egipcia es producto de su

(1) Heródoto, *El Egipto*.

suelo; de él ha salido, así como las estatuas de sus dioses han salido del pórfido de sus canteras (1).

Al decir Heródoto que el Egipto es un don del Nilo, se funda en lo que él vió y en lo que hubieron de decirle los sacerdotes, pues, según éstos, la mayor parte de dicho país es una tierra recogida y agrupada lentamente al antiguo Egipto, porque ninguno de los ríos, con sus posos, llegaron á cegar los contornos, tan y tan grande, que se puede igualar con una sola de las cinco bocas que se derraman en el Mediterráneo.

Debió, pues, ser un golfo, que desde el mar Mediterráneo se internara hasta la Etiopía, de análoga suerte que lo hace en la región de la Arabia, y no muy lejos de Egipto, un golfo larguísimo y estrecho, el cual se mete tierra adentro desde el mar del Sur ó Erithreo.

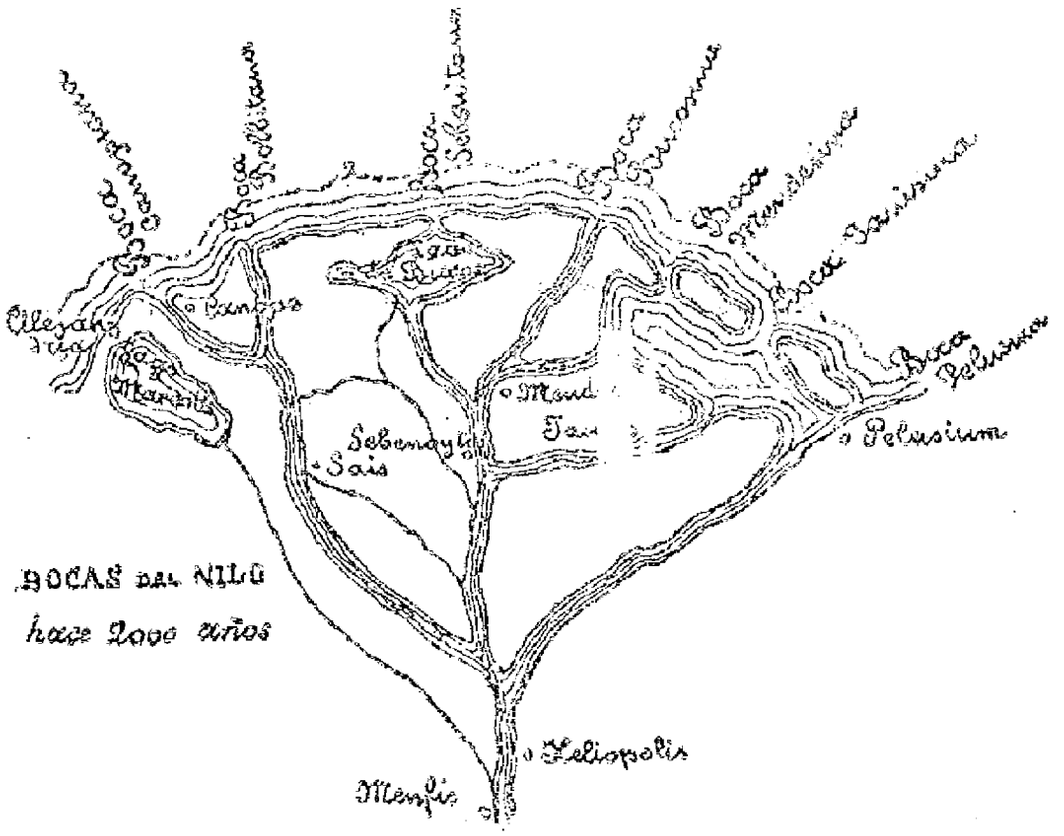
El Nilo, desde su origen, arrastra gran cantidad de substancias térreas y vegetales, que van aumentando á medida que va avanzando y estrechándose en su cauce, y, por tanto, estas substancias han debido irse decantando y depositándose en su lecho de una manera lenta y uniforme para cegar y aterrar aquel paraje, trabajo que han debido completar á su vez las periódicas inundaciones en el transcurso de miles de años. Son tan arraigadas estas opiniones por los antiguos, que el mismo Heródoto se apresura á decir, cuando de ello se habla: «En conclusión, yo tengo por cierta esta lenta y extraña formación del Egipto, no sólo por el dicho de sus sacerdotes, sino porque vi y observé que este país se avanza en el mar más que los otros con que confinan, que sobre sus montes se dejan ver conchas y mariscos, que el salitre revienta de tal modo sobre la superficie de la tierra, que hasta las pirámides va consumiendo, y que el monte que domina Menfis es el único en Egipto que se va cubriendo de arena.»

«Añádese á lo dicho que no es aquel terreno parecido ni al de la Arabia comarcana, ni al de la Libia, ni al de los sirios, que son los que ocupan la costa del mar Arábigo, pues no se ve en él sino una tierra negruzca y hendida de grietas, como que no es más

(1) Ritter, *Geografía, Africa.*

que un cenagal y un mero poso que, traído de la Etiopía, ha ido el río depositando, al paso que en la tierra de Libia es algo roja y arenisca, y la de la Arabia y la de la Siria es harto gredosa y bastante petrificada» (1).

Excavaciones hechas por el año de 1851 en el Delta del Nilo del bajo Egipto, han dado origen á hallazgos de objetos labrados



Núm. 2.

por la mano del hombre, tales como fragmentos de objetos cerámicos á una profundidad de sesenta á setenta pies, que valuado de una á cinco pulgadas el espesor de los depósitos aluviones en que puede calcularse en cada cien años, la antigüedad de estos vestigios suman unos catorce ó diez y siete mil la presencia del hombre en aquellos lugares. M. Kozier sólo admite dos y media pulgadas por siglo. Burneister estima que el suelo del bajo Egipto ha crecido á razón de tres y media pulgadas, en cuyo caso la presencia humana acusaría una antigüedad de setenta y dos mil años (2).

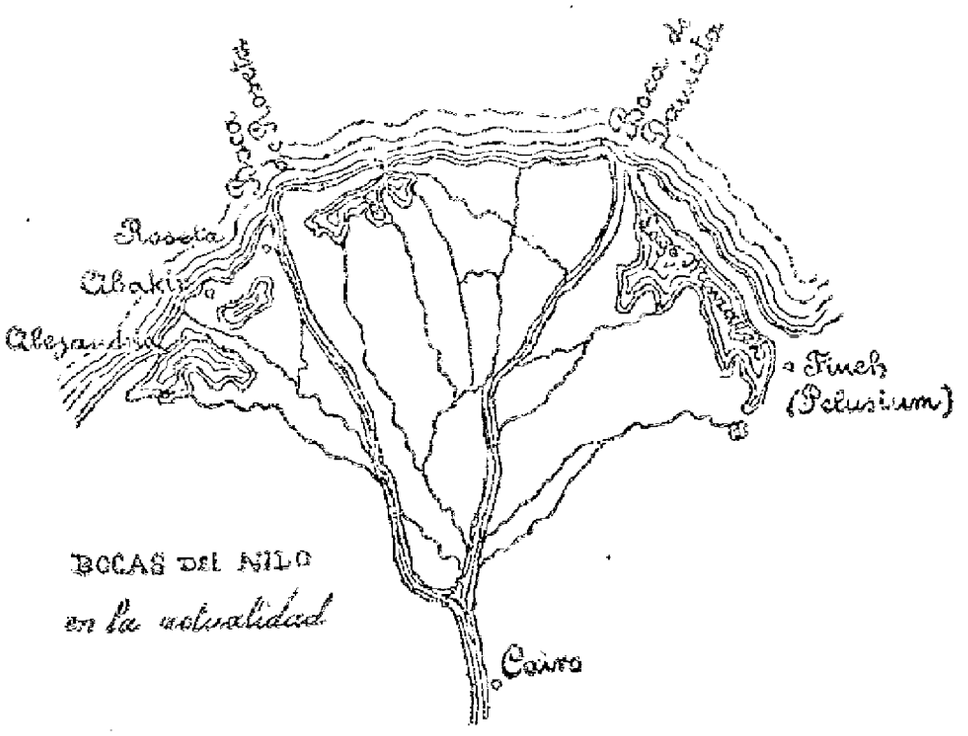
Hace unos dos mil años, el Nilo, al llegar al Delta, se dividía

(1) Herodoto, *loc. cit.*
(2) Benaki, *Du sens Chromatique dans l'antiquité.*

en siete brazos, que iban á desaguar al Mediterráneo, y en la actualidad sólo son dos, la boca de Rosetta y la de Damieta.

Aceptando las anteriores opiniones, ya manifestadas, de los aterramientos, hay que exceptuar de ellas el Fallun, en el que nada ha tenido que intervenir la actividad del Nilo, por ser una depresión natural del desierto del E. y separada del valle nilótico por una cordillera de montañas calcáreas de una altura próximamente de unos 500 pies, y su aridez aún persistiría si las aguas del Nilo no le hubieran fertilizado por medio de un canal que en tiempos muy remotos hubieran abierto los hombres, cortando la roca para poner en comunicación la depresión con el valle, haciendo de esta suerte que las aguas del río llegaran á ésta y la abonaran con su limo.

Rawlinson compara el Egipto, por su forma, á un lirio de tallo torcido terminado por ancha flor, debajo de la cual brota un vás-



Núm. 3.

tago, que se inclina hacia la izquierda. La flor abierta es el Delta, extendido desde Abusir ó Abakir á Tinceh, á una distancia en línea recta de 180 millas.

El vástago es el Fallun, depresión natural de las montañas, que por el O. cierran el valle del Nilo y que desde hace muchos

millares de años está cultivada, introduciendo en ella el agua del Nilo, como ya hemos dicho, por medio del canal conocido por el nombre de Bahr Yusuf; el largo tallo del lirio representa el valle del río, hondonada abierta en aquel suelo de roca en gran extensión desde la primera catarata hasta el vértice del Delta.

No encaja en los desordenados apuntes de impresiones de un viaje, y además sería molesto y enfadoso el discurrir aquí respecto al problema tan debatido de las fuentes del Nilo. Pero como curiosidad, y muy reciente, diremos que el Duque de los Abruzzos, en sus intrépidos viajes realizados hace pocos años á Africa, llegó hasta los glacier de Rowenzori, y allí pudo comprobar que el origen del caudaloso río no se encuentra en donde sus predecesores habían dicho.

La ascensión á la montaña fué muy trabajosa para el Príncipe, pues los negros que le acompañaban, á la altura de 2,300 metros se negaron á seguirle por no poder soportar el frío; pero el incansable explorador continuó su penosa subida hasta dar con el origen del Nilo, que coloca en los referidos glacier.

* * *

¿De dónde procede el Egipto? Su origen es tan antiguo, que se pierde en las obscuridades de los tiempos, y aunque muchos sabios han procurado investigar y ahondar en él, y encontradas opiniones han mentideado, es lo cierto que el problema histórico aún está en pie. Muchas han sido las teorías que se han emitido; pero perdido el recuerdo de su origen, discútese si proviene del centro de Africa ó del interior del Asia. Los historiadores de la antigüedad clásica, entre ellos Diodoro Sículo y otros, creen que una raza africana se estableció á las orillas del Nilo, por la parte de la Etiopía, y que poco á poco fué descendiendo río abajo.

Los etiopes afirman que el Egipto era una de sus colonias.

«Hay semejanzas notables entre los usos y leyes de los dos pueblos: dan á los reyes el título de Dios; los funerales son ob-

jeto de grandes ceremonias; la escritura en uso en la Etiopía es la misma que la del Egipto, y el conocimiento de los caracteres sagrados, reservado sólo á los sacerdotes en Egipto, era vulgar en toda la Etiopía. Había en los dos países colegios de sacerdotes organizados de igual modo, y los que estaban consagrados al servicio de los dioses practicaban las mismas reglas de santidad y pureza, y estaban vestidos de la misma manera; los reyes usaban también el mismo vestido é iguales adornos en sus diademas. Los etiopes añaden otras muchas consideraciones para demostrar que ésta era una de sus colonias.

Estas analogías, que parecían tan concluyentes á los antiguos, pierden su valor cuando se les opone el testimonio de documentos jeroglíficos. Hoy se sabe, sin género de duda, que la Etiopía, lejos de haber colonizado al Egipto al principio de la Historia, fué colonizada por él, bajo la duodécima dinastía, y ha formado parte integrante del territorio egipcio durante varios siglos. Su civilización ha remontado el curso del Nilo en lugar de descender» (1).

Algunos etnógrafos no los estiman de origen africano, sino venidos del Asia, ya por el itsmo de Suez, ya atravesando el mar Rojo, haciendo que la población autóctona se internara, ocupando ellos el bajo Egipto hasta el mar. La Biblia atribúyelo á origen asiático, y que Mizrain, hijo de Can, fué el jefe del pueblo egipcio, igualmente que su hijo Koush lo fué de la Etiopía. En una conferencia dada en la Sociedad Khedival de geografía en el Cairo por Ahmend Bey Kamal en Febrero de 1907, y á la cual asistimos, éste disertó sobre las ideas «Cosmogónicas de los antiguos habitantes del Egipto», y refiriéndose al Egipto prehistórico, habla de una leyenda jeroglífica referente á la dispersión de las naciones, y á lo cual dice: «En un texto de Edfú nos encontramos que Harmakis, bajo forma solar, triunfó de sus adversarios en la parte meridional denominada Apollinópoli. Los que escaparon de esta matanza, algunos emigraron hacia el Mediodía, de donde vinieron los Cuchitas, negros, alejándose los otros ha-

(1) Maspero, *Histoire Ancienne des Peuples de l'Orient.*

cia el Norte, que fueron los Amu, que son los habitantes de la Palestina, de la Siria, del Asia Menor, de la Caldea y de la Arabia; una tercera colonia se dirigió hacia el Occidente, de donde resultan los Tamahu, que es la raza blanca del N. de Africa; por último, una cuarta colonia dirigióse hacia el Este, que son los Shasu, los Beduinos nómadas del desierto y de la montaña.

Tales fueron para los egipcios la dispersión y la división de las cuatro familias humanas, como la vemos figurar en la pretendida tabla ó cuadro de las razas que decora la tumba y el sarcófago de Seti I, y que más tarde fué reproducido en el hipogeo de Seti II.

«En otro cuadro del reinado de Amenophis IV en Tel-el-Amarnah, enumeran las razas humanas en el orden siguiente:

Los egipcios, los negros, los Amu y los Tamahu, es decir, las razas roja, negra, amarilla y blanca, las que fueron indistintamente colocadas bajo la dirección y protección de los dioses del Egipto. A los egipcios y á los negros presidíanles Ra y Horo. Sekhet, con cabeza de león, era la providencia de los asiáticos y de los pueblos del Norte. En esta descripción no están comprendidos los Shasu ó razas errantes. De todo esto resulta que las cuatro últimas familias de Mizrain habían dado á los primeros habitantes el nombre de su gran padre Can, tomado del nombre egipcio Ken, y al alto y al bajo Egipto también en ciertas partes del país sus propios nombres ó bien los genéricos. Esta familia primitiva venía directamente del Asia, país natal de Noé, que era, naturalmente, de tipo caucásico. De la misma suerte las tribus que habían sucedido á esta familia, tales como los Libios, los Tamhu, los Tehennu y los Amu, habían dejado aún un recuerdo en el país, ya por los hechos históricos, ya por las ciudades que ellos habían fundado con su nombre.» Este origen asiático es también opinión de otros clásicos, como Plinio, que atribuye á los árabes la fundación de Heliópolis (1).

«La raza egipcia está relacionada íntimamente á los pueblos

(1) Ahmend Bey Kamae, *Les Idées Cosmogoniques des anciens habitants de l' Egypte.* 1907.

blancos del Asia por sus caracteres etnográficos; la lengua egipcia está ligada á las lenguas llamadas semíticas por su forma gramatical; no solamente en gran número de sus raíces pertenecen al tipo hebreo-armenio, sino que su constitución gramatical se presta á numerosas relaciones con el hebreo y el asirio. Uno de los tiempos de la conjugación, el más simple y el más antiguo de todos, está compuesto de pronombres subfijos idénticos en las dos lenguas. Los pronombres subfijos y absolutos están expresados por las mismas raíces y juegan el mismo papel en egipcio que en las lenguas semíticas. Si extendernos mucho en estas relaciones, de las que algunas queda duda, podemos afirmar que la mayor parte de los modos gramaticales usados por las lenguas semíticas se encuentran en egipcio en estado rudimentario. El egipcio y las lenguas semíticas, después de haber pertenecido al mismo grupo, se separaron pronto, en una época en que su sistema gramatical estaba aún en vías de formación. Desunidos y sometidos á influencias diversas, las dos familias trataron de diferente modo los elementos comunes que poseían. Mientras que el egipcio cultiválo muy pronto, la otra rama se detiene en su desenvolvimiento; las lenguas semíticas, pues, estuvieron estacionadas por varios siglos antes de llegar al desarrollo en que las conocemos hoy; de suerte que si hay una relación de origen evidente entre la lengua del Egipto y la del Asia, esta relación está, sin embargo, suficientemente distanciada para dejar á cada pueblo su fisonomía propia (1).» Así que á los egipcios se les puede considerar como una raza protosemítica, á lo cual dice Tonini (2):

«Los egipcios del valle del Nilo de los tiempos prehistóricos son originarios del cruzamiento de los autóctonos con la tribu camítica.

Después de esta primera fusión tuvieron otro cruzamiento, pero esta vez el nuevo elemento vino del Norte.

El Egipto fué invadido por los semitas, hermanos de los ca-

(1) Maspero, *Loco citato.*
(2) S. Tonini, *La Psicologia della Civiltà Egizia.*

mitas, existiendo entre ambos una analogía substancial en el lenguaje. Ignórase si fueron los hyksos ó los hebreos los primeros semitas que vinieron del Norte ó del desierto de la península Sinaítica y de la Siria. Ya en la época histórica el tipo egipcio había realizado su estabilidad, y las siguientes invasiones no hicieron más que la asimilación. Petrie y Lepsius, con su autoridad, son los más firmes mantenedores del origen asiático.»

Recientes investigaciones han probado que mucho tiempo antes del reinado de Menes, el primer Rey histórico del Egipto, el valle del Nilo estuvo ocupado por una raza de hombres y mujeres delgados y de alta estatura, de cabeza entrelarga, de manos estrechas, de dedos afilados, de pies arqueados por la parte superior del metacarpo, de cabellos rojizos y probablemente de ojos azules que suelen representar sus estatuas, como las que hemos visto en el Museo Británico, *por el lápiz lazuli*. Este pueblo debió florecer en la época más tardía del período Nilótico, si bien es imposible precisar si eran indígenas ó no en el valle del Nilo, aunque puede considerarse como de orígenes del NE. del África, sin que tuvieran parentesco con los negros ó tribus negroides.

Es indiscutible que el tipo actual presenta más caracteres africanos (etiópico sudanés) que el del árabe de nuestros días, lo que demuestra que el egipcio tiene más parecido á los invasores prehistóricos camitas etiopes que á los invasores históricos que lo poblaron de una manera estable, miles de años anteriores á su gran cronología. Africana ó asiática de origen, existía antes de su era histórica una población que podemos llamar muy bien nilótica.

Buscábase alguna semejanza con el copto, habíase creído por algunos que el antiguo egipcio tenía todos los caracteres de la raza negra; pero examinado con alguna detención las estatuas que adornan los templos, lejos de la semejanza con el negro, los caracteres más salientes son los de la raza blanca de Europa ú occidental del Asia. Como el arte escultural se perfeccionó muy pronto en el Egipto, resulta que sus estatuas son verdaderos retratos y dan una perfecta idea de los principales rasgos de aque-

lla raza, que puede observarse en uno de los ejemplares hallados en Sakkarah por Mariette.

Esta estatua, que fué encontrada por Mariette en una de las excavaciones hechas en aquel paraje, representa á un contemporáneo de Cheops, uno de los superintendentes de las obras de las construcciones de la Gran Pirámide en la IV dinastía. Es de madera y reputada por la mejor y más gallarda escultura de aquellos tiempos; y en efecto, cuando la contemplamos en el museo del Cairo, quedamos convencidos de ello por lo real y lleno de vida que se presentaba á nuestros ojos al través de tantos miles de años. Se le conoce con el nombre de El Sheikh-El-Beled, ó sea (el jeque de aldea) debido, que al ser descubierta en el sepulcro en que yacía, los operarios de Mariette exclamaron llenos de sorpresa: ¡Calle, pues es nuestro alcalde! Esto prueba el primor con que fué labrada, y que sea estimada, como ya hemos dicho, el modelo escultural más acabado de su tiempo. Muchas más estatuas podían servirnos de modelo análogo, pero esto lo dejamos para cuando del arte egipcio nos ocupemos.

Núm. 4.—El Sheikh-El-Beled.

Estudios anatómicos y antropológicos hechos recientemente en momias y cráneos, han convencido á los más incrédulos de no encontrar en el copto rasgo alguno de la antigua población egipcia.

«Los coptos son el resultado de la mezcla de todas las naciones que sucesivamente han dominado sobre el Egipto, y por lo tanto, un error es suponer encontrar en ellos rasgos de la antigua raza.»

No hallamos en los comienzos de la formación de la nación esos rasgos de ferocidad y salvajismo que solemos encontrar en el principio de otras civilizaciones.

Los naturales hacían uso del tatuaje, se ungían el cuerpo con grasas y andaban casi desnudos, si bien los nobles se cubrían con una piel de pantera. Sus armas eran la maza, el arco, la flecha, la lanza y la honda.

Ya en la época de los metales, asocian éstos á la piedra, y así lo encontramos en los utensilios destinados á los trabajos agrícolas y á los industriales.

Recientes descubrimientos de monumentos, tumbas, utensilios y armas han dado á conocer esta época.

Las tumbas, que son verdaderas construcciones hechas de ladrillos secados al sol, las componen varias cámaras, aparte de la que servía de sepultura.

Entre las últimas tumbas decubiertas figuran las de Negadad y Abydos, que tienen todos los caracteres de la época de transmisión, entre la edad neolítica y la del uso de los metales.

El sabio Heeren dice «que las castas de los sacerdotes y de los guerreros se distinguen por su color de las inferiores; las primeras pertenecen al Asia y las últimas al Africa». Hay egiptólogos que avanzan más; dicen «que todo el pueblo egipcio desciende del Cáucaso; si algunos rasgos recuerdan el tipo negro, debe atribuirse esta semejanza á la alteración que producen las mezclas de las razas: este hecho se lo explica así también el padre de la historia. La fisiología da, al parecer, la razón á Heeren. El examen de las momias ha demostrado que existían tres razas de egipcios: una raza africana, parecida á los nubios modernos, otra caucásica y otra semítica ó árabe; estos dos tipos corresponden al mismo origen. Es probable, pues, que las castas inferiores fuesen indígenas, y que los emigrantes venidos del Asia formasen las castas dominantes. La existencia de las castas bastaría

por sí sola para demostrar la invasión de un pueblo extranjero y su dominación sobre los autóctonos.

«Ha sido opinión sostenida por muchos sabios que los sacerdotes y guerreros que los sometieron y los dominaron procedían de la India, por encontrar en éstos semejanza física muy notable y por la constitución política de ambos pueblos. Un orden sacerdotal dominaba en la India, los cultos de los egipcios se manifestaban por medio de los mismos actos. Sus santuarios, sacrificios, penitencias y procesiones eran idénticos, y hasta la adoración de los animales, que se la creía particular de los egipcios, la tenían también; la creencia en la transmigración de las almas estaba íntimamente relacionada con aquéllos; así es que nada extraña que haya habido identidad entre estos dos pueblos, aunque separados y establecidos en climas diferentes. Una colonia india, por sus relaciones mercantiles, pudo muy bien establecerse en Egipto ó influir en los naturales del país, llevándoles gérmenes de cultura y civilización, que se desarrollaron con caracteres locales (1).»

El parentesco entre ambos pueblos estaba apoyado con la autoridad de sabios ilustres, que lo consideraban como hecho indiscutible; pero recientes y nuevas investigaciones obligan á estimarlo como un error histórico, y ha sido abandonada aquella creencia aun por los más acérrimos partidarios de la filiación india, por haberse demostrado en los monumentos egipcios que su historia se remonta á época superior á la en que la raza Aria ocupó la India.

La grande antigüedad de los egipcios está demostrada por testimonios irrecusables. Su analogía es auténtica desde la época de Menes, cuatro mil años antes de nuestra era; hay que reconocer más de un millar de años antes de Menes el desarrollo de una cultura que había llegado á su más alto grado cuando la construcción de las pirámides, tres mil cuatrocientos treinta años antes de nuestra era. La historia cierta del Oriente: chinos, indios, babilonios, no va más allá de dos mil trescientos á dos mil quinientos años antes de Jesucristo.

---

(1) Laurent, *Historia de la humanidad, El Oriente.*

Von Bohlen, uno de los más acérrimos partidarios de la filiación india, ha acabado por dejarse convencer y abandonar sus opiniones. Los descubrimientos que se han hecho en los lugares en donde estuvieron situadas Babilonia, Nínive y Susa, y las investigaciones realizadas por Layard, quien reclama para la Asiria una antigüedad tan considerable como la de Egipto, orienta ahora á los sabios á buscar aquélla en Babilonia.

Los egipcios decían que los caldeos de Babilonia eran una de sus colonias. Indudablemente hay algún parentesco, puesto que Nemrod, fundador de Babilonia, desciende de Koush, y aquel nombre es egipcio. Los egiptólogos encuentran en usos y costumbres muchas analogías, especialmente en las ciencias astronómicas, que, según los egipcios, estos conocimientos se los debían á sus sacerdotes.

Surge la duda ahora de si el Egipto procede de la Caldea ó la Caldea del Egipto, á lo cual puede contestarse, sin temor de error, que la prioridad está en favor de éstos, aunque su autoctonía no esté aceptada por los egiptólogos, que lo consideran como una rama del tronco oriental que brotó muy temprano, tomando en un país apartado del suyo un carácter original, sin perder su fisonomía asiática.

Esta analogía existe entre todas las naciones del Oriente, y todas sus tradiciones dan comienzo con el diluvio.

En esto y otras cosas se separan los egipcios del Asia, pues entre ellos no hay el menor recuerdo del bíblico cataclismo, y en la época á que se refieren los pueblos orientales de él, el Egipto ya había entrado en una era de civilización.

Por una notable coincidencia, la fecha del diluvio es aproximadamente la misma entre todos los pueblos (1).

Se ha llegado al conocimiento de la gran afinidad que tiene la lengua egipcia con la indo-germana y semítica, y esta identidad es la señal más segura de la unidad de orígenes.

En medio de estas dudas é incertidumbres, de encontradas opiniones, no ha faltado quien aventure la idea del origen

(1) Lepsius, *Chronologie der Aegipter*. (T. G.)

americano, y que sólo apuntamos aquí á título de dato curioso.

Es de esperar que los grandes progresos de la filología oriental y el estudio de las ciencias de las lenguas comparadas llegarán un día á su perfección, y entonces será cuando de una manera real y positiva se sabrá el origen del Egipto.

Madrid, 10 de Enero de 1908.

RODOLFO DEL CASTILLO,
Correspondiente.

III

La Colección de Tratados, Convenios y demás documentos de carácter internacional, firmados por España en los años 1868 á 1874, de que por Real orden de 19 de Febrero del año pasado de 1907 se mandó hacer una nueva edición, encomendando su coordinación, anotación y comento al Secretario del Archivo del Ministerio de Estado D. Jerónimo Becker, del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y que, publicado en la imprenta del mismo Ministerio en un tomo en 4.° mayor de 432 páginas, se me ha mandado examinar por el Sr. Director de esta ilustre Academia, en virtud de sus facultades y en acuerdo de la misma, es, en el concepto del Académico que informa, una obra muy apreciable, porque, entre otras novedades que contiene, incluye siete piezas diplomáticas más de las que aparecieron reunidas en la edición anterior, que formó también de Real orden el Sr. Marqués de Olivart, y se publicó de 1890 á 1904, en doce volúmenes, que comprenden los *Tratados* de 1834 á 1899. Estas nuevas piezas, que ahora se coleccionan juntas, con las demás ya publicadas del tiempo que la nueva *Colección* abraza, son: 1.°, El *Tratado de amistad, comercio*, etcétera, con el Japón, de 12 de Noviembre de 1868; 2.°, El *Convenio de Correos*, con Alemania, de 25 de Noviembre de 1868, adicional al de 1864; 3.°, El *Memorándum* de 11 de Junio de 1871, para el arreglo de varias cuestiones con el Imperio de Marruc-